
16 DE SETIEMBRE

HIDALGO no fué el libertador de México; fué el conquistador de un principio: nos enseñó prácticamente el derecho de insurreccion.

La gloria de nuestro grande agitador va dejando, de sepulcro en sepulcro, á sus enemigos, y ya no se adelanta hácia la inmortalidad sino entre aplausos. El culto que los mexicanos rendimos á su memoria, nos compromete á la imitacion oportuna de su hazaña. Cuando los gobernantes y los sistemas políticos incurren en el desagrado del pueblo, es preciso, sin vacilar, sacrificarlos; ninguna ley puede oponerse, porque el derecho es el hijo obediente del soberano colectivo; la resistencia del gobernante no es más que la insurreccion, y merece ser humillada por medio de la fuerza.

Para burlar los tiranos la conciencia del atentado que cometian, inventaron el derecho divino; el trono es un altar coronado de bayonetas, donde el sacerdote y el verdugo se sientan al lado del monarca. Así contempló la tierra indignada á Felipe II.

Fray Luis de Leon no pudo vivir consigo libre de ódio, de esperanza, de recelo; cinco años depuraron en las cárceles de la inquisicion, sus virtudes, su saber su gloria.

Arios Montano y Mariana, con la noble independencia de su carácter y con la variedad de sus profundos conocimientos, sólo cosecharon persecuciones; hasta donde pudo volar su genio nos lo permiten calcular las plumas de sus alas que, indignamente cortadas por el fanatismo, vagan dispersas.

El Arzobispo Carranza estudió el catolicismo en Roma y en el Concilio de Trento; fué una lumbrera, un santo de su Iglesia. Estudió también á los protestantes en sus libros y en sus asambleas, donde los combatía, y en los suplicios adonde él mismo los enviaba por centenares. Este teólogo, confesor de reyes y amigo de algunos papas, se inclinó involuntariamente hácia el luteranismo, y espiró de dolor, lanzado de su silla, en los días en que ya compurgaba su falta con una ridícula penitencia.

Quemáronse millares de herejes, y desapareció la libertad de la conciencia.

Lanzáronse para siempre á los judíos, y se acabó el comercio.

Consumóse la persecucion sobre los moros, y lleváronse éstos las artes y la agricultura.

El inquisidor y el jesuita vigilaron al soldado, y el sol no volvió á contemplar las banderas españolas en triunfos como los de Granada, Pavía, San Quintín y Lepanto. Los caudillos que se llamaban Gonzalo de Córdoba, Cortés, D. Juan de Austria, tuvieron por sucesores una larga serie de generales que sólo supieron presentar á sus tropas en los autos de fe, en las procesiones y en las misas.

Asaltado el Parnaso por los frailes y los poetas palaciegos; cerrado el templo de las ciencias como si perteneciese á una deidad pagana; aterrada la libertad de pensar; ultrajada la humanidad en las mujeres y en los niños perseguidos; la industria, la agricultura y el comercio cegadas en sus manantiales; y premiada la barbarie religiosa en contraposición con las hazañas guerreras, esa España, compuesta de supersticiosos y de esbirros, hubiera descendido con *el demonio del Mediodía* al sepulcro, si el oro de la América no la hubiera salvado.

No es culpable, nó, ese pueblo, para con nosotros; no nos dió sino lo que tenía, su ignorancia y su miseria; jamás el globo terrestre se había visto manchado por una nación más extensa y más degradada. El imperio romano luchó siquiera largo tiempo, ántes de sucumbir, con los bárbaros y con los ardientes sectarios de Mahoma; la agonía de España era un suicidio. Los piratas se acercaban y sonreían.

Tan vergonzosa, tan horrible situación se hizo insoportable para los mismos españoles; prepararon desde el siglo pasado su regeneración, y con repetidas revoluciones no la consiguen todavía. Cuando aprovechándose de la lid desventajosa con los franceses vencedores, en la Iberia se gritaba: ilustración, libertad, independencia, porque las colonias, bajo más pesadas cadenas, debieron guardar silencio, el antiguo cetro rompióse para todos, y del mismo sepulcro resucitaron las libertades Vascongadas, las de Aragón y las aztecas. Hidalgo no hizo más que repetir la voz poderosa de Daoiz, de Velarde y de las Cortes españolas.

Aquí mismo, en la capital de la colonia, un puñado de europeos aprisionaba á un virey y escogía, según su conveniencia, á un individuo oscuro para confiarle el mando supremo; si el motín iniciado en un cuartel quedó consumado, ¿por qué la insurrección salida del pueblo de Dolores no se vería, tarde ó temprano, reconocida por las naciones todas del Universo?

La Corte de Madrid meditó entregarnos en peculio á uno de sus príncipes, y también proyectó vendernos; sólo nosotros no podíamos ocuparnos de nuestra propia suerte, porque éramos esclavos; sobre nosotros velaban la ley y la fuerza.

La servidumbre es una obligación sagrada para el pueblo que la sufre; para los insurgentes es un fantasma; ellos proclaman el derecho y fulminan la fuerza; Dios bendice siempre á los vencedores.

No era Hidalgo un varón de timidez y preocupaciones para retroceder ante una tela de araña; aplazó sus proyectos

por algun tiempo, porque en las tinieblas de la conspiracion habia palpado la resistencia de los intereses coloniales: no se lisonjeaba de vencer, pero queria morir acompañado para que de la sangre de las víctimas brotasen por enjambres los vengadores. Así es que cuando oyó la voz del destino, no vaciló él mismo en tocar con su propia mano la hora suprema: el bronce del templo, nido de oraciones, se agita, se anima y anuncia con un alarido que va á trasformarse en cañon para sembrar la muerte por los campos de batalla.

Jamas una aurora tan risueña como la del 16 de Setiembre de 1810, saludará desde el espléndido Oriente al pueblo mexicano! El Gobierno anualmente celebra con mezquina pompa tan fausto dia; el pueblo ha descubierto otro modo más digno para corresponder á la grandeza de ese acontecimiento: se levanta amenazador, como el héroe de Dolores, cuando sus gobernantes se le convierten en tiranos, y tambien cuando se decide á resistir al extranjero.

Sí, nuestros padres y nosotros hemos solemnizado el 16 de Setiembre, cuando sobre el trono arruinado de Iturbide levantamos las instituciones federales; cuando las restablecimos en 46; cuando Barradas bebió prisionero las aguas del Pánuco; cuando muriendo se inmortalizaron los defensores de Churubusco; cuando el plan de Ayutla; cuando resistimos á la traicion de Comonfort; cuando Zaragoza detuvo en Puebla á los franceses; cuando Rosales triunfó en San Pedro; cuando Maximiliano rindió su espada en el cerro de las Campanas; cuando..... ¿ya no serémos dignos de honrar al indomable patriota de Dolores imitando su ejemplo?

¡Ay! en vano este dia nos exige el regocijo, si él mismo nos trae recuerdos que no nos es posible ahuyentar de nuestra memoria. No hace mucho tiempo que con nosotros se entregaban á las libaciones patrióticas Patoni, García Granados, Adolfo Palacios, Hernández y otros valientes que, ceñidos todavía de las flores del festin, marchaban á la lid para volver con los laureles de la victoria; hijos mimados de la patria, no han podido escudarse con su relevante mérito, ni

con nuestras sagradas instituciones; yacen á los piés de un asesino. Trace nuestro juramento, con su sangre, sobre el altar de la patria, una sola palabra: *venganza!*

Disfrutemos entretanto las dulzuras de la paz; no perdamos ninguna de las fiestas con que se nos obsequia en este dia; asistamos á la apertura del Congreso que nos ha dado el Gobierno; admirémos el Banco del pueblo depositado en una bodega; amontonémos para contemplar los fuegos artificiales; reconozcamos entre la multitud las próximas víctimas y felicitémoslas porque todavía se les permite el aliento; admirémos á los oradores y á los poetas oficiales, y terminémos este artículo de modo que alcance el alto honor de que le preste sus columnas el periódico del Gobierno. ¿Quién conservará su tristeza cuando D. Benito y Balandrano están contentos? Balandrano..... igual al Doctor Cos y á Quintana, nuestros primeros periodistas. D. Benito..... qué bien se armoniza ese nombre con el de Hidalgo, Cancelada, Calleja.

Cuando enmedio de un cielo tempestuoso aparece una estrella, miserables náufragos, no preguntéis por su nombre; se llama Esperanza.

Setiembre 16 de 1871.